

—Si no tienes miedo á ser molido por los colmillos de las bestias feroces,— repuso el tirano,—te haré consumir por abrasadoras llamas.

—Tampoco me espantan. Tú, ¡oh juez!, me amenazas con un fuego que dura poco y luego se apaga; es porque no conoces el fuego del juicio venidero y del suplicio eterno reservado á los impíos, que no se apagará jamás. ¿Á qué aguardas, pues? Cumple tu deseo.

Pronunciaba el mártir estas palabras con un tono tan lleno de valor y de alegría, y con aire tan gracioso y de triunfo, que el procónsul quedó asombrado de una virtud tan heroica en anciano cargado de canas. No es, pues, de mujeres devotas temer el infierno y obrar cosas grandes movidas por este temor; es de varones grandes y esclarecidos por sus conocimientos y sabiduría, como un San Policarpo.

VIII

Observa los mandamientos, confiéstate bien y...
creerás en el infierno.

Veo, Francisco, que nos vamos acercando al término de nuestro viaje, y antes de despedirnos quiero descubrirte

la lucha que experimenta mi pecho. Desde el sermón de ayer noche quedó herido mi corazón con la consideración de las eternas penas, que tan vivamente nos pintó el buen predicador en la iglesia del Corazón de Jesús. De esto debieran tratar á menudo los predicadores, porque es verdad importantísima. Y ahora, con las razones y argumentos que tú me acabas de exponer sobre la misma materia, estoy que no sé lo que me pasa.

—Algo he advertido en tu semblante, imagen de tu lucha interior....

—Por una parte, brotan en mi alma vivos deseos de asegurar, cueste lo que cueste, mi salvación eterna como el negocio más importante de la vida; porque me digo en mis adentros: si me salvo, he sacado la lotería, está ganado el premio gordo; si me condeno, todo está perdido y para siempre jamás. Mas por otra parte me abruman otras mil dudas que quisiera ver desvanecidas, y el terrible temor de lo que dirán mis amigos, de las dificultades que me opondrán, y de sus sarcasmos y cuchufletas; en fin, me encuentro ahogado en un mar sin fondo, perdido en un laberinto sin salida.

—¿Quieres seguir mi consejo, amigo?

—En esto estoy, pues vivo convencido de la gran bondad de tu corazón.

—Pues proporción tienes en Tarragona de hallar luz en tus dudas y consuelo en tu aflicción. Vete á la catedral ó á otra iglesia, confiéstate, y desaparecerán todas tus vacilaciones y temores.

—¿Confesarme yo?

—Sí, Adolfo; confesarte. Y ya que tan poco tiempo nos resta de estar juntos, quiero que medites el hecho histórico que te voy á referir por despedida.

A principios del protestantismo, recorría algunos lugares de Alemania inficionados por la herejía el celoso beato Pedro Fabro, compañero de San Ignacio. En uno de los pueblos de sus apostólicas excursiones visitóle un cura contagiado del virus protestante, y le encontró que estaba rezando el Oficio divino. Con todo, interrumpiendo su rezo, preguntó al señor cura: ¿Qué se le ofrece á Ud., señor mío?

—Padre Fabro,—le dijo,—venía á proponer á Ud. gravísimas dificultades, que me oprimen contra la religión católica y á favor de las nuevas doctrinas.

—Tenga Ud. la bondad,—le contestó el

Padre,—de aguardar unos momentos á que concluya mi Oficio, y luego estaré á las órdenes de Ud.

Sentóse el sacerdote para que el Padre



—No puedo creer en el infierno...

—Observe los mandamientos, confíesese bien, y verá cómo cree.

diera fin á su ocupación sagrada, y el Padre, tan presto como concluyó su rezo, se dirigió al señor cura y le dijo:

—Estoy á sus órdenes de Ud., señor cura; pero le confieso que me parece inspiración de Dios lo que voy á proponerle an-

tes que entablemos discusión para disipar sus dudas.

—¿Qué inspiración es, Padre mío?

—Que antes se confiese Ud.,—le contestó el santo varón.

—Pero, hombre de Dios,—repuso el sacerdote,—si no venía para ello, ni tampoco estoy preparado.

—No importa,—replicó el Padre;—basta la buena voluntad, y Dios suplirá lo que falte.

Tanto hizo, tanto dijo y tanto suplicó el P. Fabro, que al fin recabó del señor cura que, arrodillado á sus piés, confesara humildemente sus culpas. Aquel apostólico y santo varón, penetrando las llagas de su penitente, consiguió con gran dulzura que le abriera toda su alma y concibiera eficaz propósito de mudar de vida. Terminóse la confesión con gran consuelo de su ministro y no poca satisfacción del penitente. Entonces invitó el P. Fabro al señor cura á que le propusiera todas sus dudas y dificultades, á lo cual contestó el otro:

—Padre mío, todas se me han desvanecido; gracias á Dios, veo clarísimo todo lo que antes me parecía obscuro; creo que

la verdad sólo é íntegramente se encuentra en la Iglesia católica; fuera de ella no hay salvación.

—Conque, Francisco, ¿quieres decirme con eso que con sólo confesarme bien también quedará ilustrado mi entendimiento para resolver las dificultades que me objetan mis compañeros?

—Tal vez sí; y en caso de que no consiguieras don tan precioso, por lo menos te hallarías mejor dispuesto para comprender la verdad; porque nada hay que oscurezca tanto el entendimiento y más lo extravíe del sendero del bien como el pecado y las pasiones. ¡Cuántos ejemplos pudiera referirte en confirmación de mi aserto!



INDICE

	<u>Págs.</u>
I.—Si los que creen en el infierno son los sabios ó los tontos de capirote.....	3
II.—Si Jesucristo enseñó y predicó alguna vez que había infierno, ó si ha sido éste invención de curas y de frailes.....	13
III.—Háblase de algunos que han vuelto del otro mundo.....	21
IV.—Todo eso será verdad, pero mi razón protesta contra eso del infierno.....	31
V.—Si el bien de la sociedad exige la creencia en el infierno.....	41
VI.—Pero si Dios es tan bueno.....	45
VII.—Pero eso es cruel... ¡Por un pecado... un infierno!. ..	50
VIII.—Observa los mandamientos, confésate bien y... creerás en el infierno.....	58

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es la de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gasto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION.—(3.^a ed.)

MAS SOBRE LA RELIGION.—(3.^a ed.)

SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS.—(2.^a ed.)

¿QUE ES ESO DE LA CONFESION?—(2.^a ed.)

BURGUESES Y PROLETARIOS.—(2.^a ed.)

PAN Y CATECISMO.—(2.^a ed.)

EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.

¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?

¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?

CATOLICOS Y MASONES.

GUERRA A LA BLASFEMIA.

CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.^o mayor páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.